

la moderación, la sangre fría, las pasiones contrarias, el cambio de objetos y los chistes.

## II

## Estilo de las pasiones.

El estilo de las pasiones ha de ser vehemente, enérgico y patético; los grandes impulsos oratorios no permiten un estilo castigado, florido y periódico. La naturaleza conmovida se ofrece siempre desnuda, y no se piensa en distraer cuando se intenta conmover. Ocupado el orador en lo que conmueve, y no en la manera con que se expresa, tiene cierto desorden en su estilo; su expresión, su voz y su gesto no están regulados, sino por su conmoción, y esto produce excelente resultado. Un padre que delante de una numerosa muchedumbre viese peligrar la vida de uno de sus amados hijos, ¿se detendría por ventura en buscar flores ó mendigar aplausos? De sus entrañas saldrían entonces expresiones no atildadas ni elegantes ni llenas de artificio, sino fuertes, generosas, verdaderas y apasionadas. De la misma manera deben fluir los pensamientos y las expresiones de la boca del predicador cristiano, padre amoroso que tiene constantemente delante de sí hijos que andan perdidos entre tinieblas y peligros de muerte.

## Cuadro analítico del elemento patético de la invención.

INVENCIÓN ORATORIA	Pasioness...	En el orador.	}	Sensibilidad, imaginación, discernimiento.
		En el discurso. . . . .		Pintar con energía y viveza el objeto de la pasión que se quiere conmover.
		Estilo. . . . .	}	Vehemente y poco castigado.
		Origen. . . . .		La afección y la aversión.

## LIBRO II

## De la disposición.

## CAPÍTULO PRIMERO

## PLAN DEL DISCURSO

## I

## Idea del plan del discurso.

Conocidos los elementos que son objeto de la invención, necesita el orador disponerlos y ordenarlos, como el artifice, en expresión de Quintiliano, pone en orden los materiales acopiados; pues cuando se ha encontrado lo que se ha de decir, es necesario, añade Cicerón, disponer el modo con que se ha de decir: *invenire quid dicas, inventa disponere* (1).

Esto, que los modernos llaman plan del discurso, lo llamaban los antiguos disposición oratoria, que no es otra cosa que *la parte de la retórica que enseña á colocar en orden conveniente las ideas suministradas por la invención*. Sin este orden, el orador se expone á extraviarse y á extraviar la atención de sus oyentes, marchando como quien anda en tinieblas, como dice Quintiliano (2).

(1) *De Orat.*, lib. II, núm. 19.(2) Libro VII, Proem., tomo II, parte 2.<sup>a</sup>

El idear el plan de un discurso suele costar más trabajo y más tiempo que su ejecución; pero quien haya acertado á trazar un plan natural, sencillo y razonable habrá entrado en un camino llano y espacioso, por donde marchará rápidamente y con toda seguridad; por el contrario, el que toma la pluma sin aquella preparación, pagará cara su imprudencia, y su proceder será vacilante y desacertado.

Sólo la meditación de la materia puede inspirar al orador un plan conveniente. ¡Y cuántas veces sucede que al trabajar sobre un plan que se creía bien pensado, las nuevas reflexiones que sugería la composición han descubierto un plan más acertado que el primero!

## II

## Cualidades del plan del discurso.

Hay alguna variedad entre los preceptistas respecto á las cualidades que debe reunir un buen plan; nosotros creemos comprenderlas todas en las siguientes: *unidad* y *variedad*, *interés gradual* y *proporción*.

La *unidad* es necesaria para un buen plan, porque nuestro espíritu está sometido á esta ley. Una serie de pensamientos ó de hechos no enlazados por una idea general que los vivifique, no podrá constituir jamás una verdadera obra artística; nada que no sea uno ó lo parezca, nos agrada, como dice San Agustín. Debe, por consiguiente, rechazarse toda idea, cualquier adorno, todo episodio que no quepa naturalmente en un plan racional, todo, en fin, lo que rompa la unidad. «En un discurso, dice Fenelón, no debe haber nada que pueda ser cortado sin tocar á lo vivo.» Pero es necesario que la *unidad* vaya acompañada de la *variedad*. Por que supongamos un discurso que versa sobre un

pensamiento único, un cuadro que no represente más que un solo objeto; aun suponiendo que la razón gozase en ello, el placer sería muy instantáneo, tras él vendría la monotonía que mata todo placer. Por otra parte, la experiencia nos demuestra que gusta más un paisaje variado que otro sin accidentes ni perspectivas; un discurso nutrido de ideas y de imágenes que otro pobre y monótono. Un sermón que desenvuelve la idea del pecado, como ofensivo á Dios, producirá ciertamente un sentimiento de dolor en los oyentes; pero si se descompone la idea de Dios y se le considera como Criador, Conservador, Redentor, etc., en lugar de una habremos tocado á la vez tres ó cuatro cuerdas del alma, y aumentado por consiguiente la fuerza del discurso.

No por esto es, sin embargo, menos cierto que la variedad engendra más á menudo que la unidad el fastidio, y esto acontece siempre que las partes, ó no son *distintas*, ó no tienen entre sí la *proporción* debida, escollos que conviene evitar con sumo cuidado.

*El interés gradual*.—El discurso debe aumentar siempre en interés, en fuerza y animación; todo lo que sea parar ó retroceder en el camino emprendido es contrario á la índole de la elocuencia, que suele compararse á un río, que siempre corre y con nuevo acrecentamiento. Este interés gradual toca no menos á los medios de convicción que á los de agrandar y conmover. Para graduar el interés de las pruebas ó de las pasiones no se atiende á su valor intrínseco, sino al efecto que, atendidas y calculadas todas las circunstancias, podrán causar en el ánimo de los oyentes.

*La proporción*.—La tercera condición de un buen consiste en la buena colocación de las partes del discurso con relación al todo, y en que tenga una extensión proporcionada; si el orador se encierra en un círculo demasiado estrecho corta las alas á la elocuen-

cia, y no podrá marchar con holgura; si proyecta un plan de extensión desmesurada, no sólo se resentirán sus fuerzas físicas pronunciando el discurso, sino, lo que es peor, fatigará la atención de sus oyentes, quienes sentirán el tedio y fastidio, como advierte San Agustín; y bien sabido es que el orador que no agrada, falta á una de las condiciones de la elocuencia. Verdad es que no es posible dar regla fija sobre este punto, puesto que en la duración de un discurso puede influir, no sólo la índole del asunto, sino también las circunstancias del predicador, de los oyentes y de la ocasión en que se predica. Con todo, la opinión común es más favorable á la brevedad que á la demasiada duración.

### III

#### Partes del discurso.

Toda composición literaria consta de tres partes: *principio, medio y fin*; en el discurso, estas tres partes toman el nombre de *exordio, confirmación y epílogo*; pero á éstas se unen otras, de que el orador con frecuencia no puede prescindir. Así, la *proposición* y la *división* se enlazan con el *exordio*; la *narración* y la *refutación* con la *confirmación*, y la *recapitulación* con el *epílogo*.

La misma naturaleza nos indica esta marcha. Ella nos advierte que no entremos bruscamente en materia, sino que preparemos antes los ánimos (*exordio*); que expongamos en seguida con claridad y precisión la verdad que se va á dilucidar (*proposición*); que la dividamos si esto tiene lugar, esto es, que indiquemos los principales medios por los cuales se va á probar (*división*); que se refiera el hecho si se trata de un asunto judicial ó de un suceso particular que es útil dar á conocer (*narración*); que expongamos nuestras razones

ó nuestras pruebas (*confirmación*); que destruyamos las que se nos oponen (*refutación*), y, en fin, que concluyamos de modo que hagamos adoptar nuestra opinión por aquellos á quienes queríamos convencer ó persuadir (*epílogo*) (1).

Estas partes del discurso, aunque son naturales, no por eso son todas esenciales, pues algunas veces se puede persuadir bien una verdad, sin recorrer toda la escala. La única verdaderamente esencial, es la *confirmación*, porque sin ella no hay pruebas, y sin pruebas no hay discurso. La *proposición* lo es también en cierto modo, aunque puede estar sobreentendida y anunciarse de una manera indirecta; sin embargo, en los discursos sagrados y en los académicos, se ponen siempre todas las partes mencionadas, salvo la *narración* y la *refutación*, que sólo se ponen cuando se juzga oportuno. El discurso que careciese de alguna parte necesaria ó que no la colocase con orden, sería un absurdo. La parte externa, digámoslo así, de la retórica, exige que en la buena disposición del discurso se complazca al auditorio, como nos complacemos examinando la fachada de un bello edificio, las proporciones de una bella estatua ó la concertada disposición de un campo cultivado con esmero.

(1) Cuando las partes del discurso se colocan en el orden con que las enumeramos, se llama *regular*; cuando se invierte dicho orden, se llama *irregular*.